

**¿Qué paso con Kivar, Cédric y Qarmen?**

**Un relato exclusivo de**

**LA  
GUERRA  
DIAMANTE**

Nathalie Greenwood





# KIVAR

## *Era del Sol*

DAXIR, ISLA IRINÁ. AÑO 896 D.Q.

**E**cho de menos el olor primaveral de Isla Irinâ. Hace semanas que partimos hacia la capital para que Michelle pudiese ver al Gobernador por última vez. Todavía no supera no haber conseguido acabar con él con sus propias manos, pero el destino es caprichoso y nos hace enfrentarnos a las situaciones más extremas y bizarras posibles.

Aunque eso nos atormente.

*Como cuando Qarmen se quedó sin aire en los tejados del pueblo de Hisia...*

El miedo que sentí al verla tendida en el suelo, entre los brazos de Cèdric. Jamás hubiese podido imaginar que ese momento sería una muestra clara y abierta de nuestros sentimientos, en un momento de pánico y terror.

*Cèdric sufrió por ella tanto como yo.*

Apoyo mi mano contra la puerta que tengo delante, pero no me atrevo a abrirla. Aún siento el calor de los cañonazos de los aerocantes que sobrevolaban nuestras cabezas y el terror recorriendo cada centímetro de mi cuerpo. Me sobrecojo y me detengo para recobrar el aliento.

*Todo ha pasado ya.*

No puedo seguir torturándome con aquellos recuerdos.

*No puedo dejar que eclipsen lo que hemos conseguido.*

Expulso el aire despacio y empujo la puerta.

Ahí están las dos personas que apaciguan mis pesadillas y que me roban una sonrisa cada vez que las veo.

Y más si es juntos.

—Si se entera Michelle, os lo hará pagar —digo, apoyándome en el quicio de la puerta.

Qarmen eleva una lata de comida y alza los hombros.

—No creo que vaya a echar en falta esto. —Vuelca la lata y me doy cuenta de que su contenido se ha enfriado más de lo debido. La salsa que envuelve la carne se ha solidificado y parece más argamasa que una sabrosa y deliciosa salsa—. No cae... —Qarmen insiste en hacerme ver que lo que está haciendo es hasta un favor.

—Díselo a la capitana cuando vuelva. —Me río al acercarme y le doy un beso.

—Vendrá muy cabreada. —Cèdric moja el dedo en la salsa y se lo lleva a la boca. buscándome con la mirada—. Tener que lidiar con el Gobernador y no poder atravesarle a garganta con su sable... va a ser difícil —Se tumba sobre la mesa.

—Ya lo tuvo que dejar escapar una vez. —Lo miro.

—Iría en contra de sus principios dejarlo ir de nuevo.

—Pero enfrentaría de nuevo a Elyssar. No correrá ese riesgo.

—Hay riesgos que merece la pena correr, ¿no? —contesta.

Desde que destruimos las Piedras de Hisia y apresamos al Gobernador, Elyssar ha cambiado. Y nosotros con él.

La seguridad de Cèdric en sí mismo ha crecido. Y me encanta. Me fijo en cómo se ciñe su camisa al cuerpo, marcando cada centímetro de su cuerpo, pero haciéndome desear quitársela para poder ver más.

Caigo en su red y voy acercándome hasta él, despacio.

—No sé qué hacer con tanto tiempo sin exaltaciones. Creo que me planteo dormir con los dos ojos cerrados, para variar. Ya no merece la pena mantener uno abierto por si nos atacan. Nos hemos ganado un descanso —bromeo.

Me tumbo a su lado y acaricio sus brazos hasta llegar a sus manos.

—¿Eso es lo que más quieres ahora mismo? ¿Descansar? —Qarmen se acerca a nosotros e inclina su cuerpo hasta que nuestros labios casi pueden tocarse—. Menuda decepción.

Siento cómo su cadera se mueve por impulso. Su respiración se acelera y las manos se le calientan.

—¿Qué supondría admitirlo?

Sostengo su nuca con la mano y beso su cuello arrebatándole una delicada súplica.

Un sonido que provoca que Cèdric trague saliva.

—Piensa en él. En mí —Qarmen me susurra al oído—. Quiero que imagines las cosas que podría hacerme yo, mientras tú se las haces a él.

Ladeo la cabeza para mirar a Cèdric.

Me quito la coleta y me sacudo el pelo con la mano. El aroma de pelo recién lavado se extiende por la cocina.

Veo cómo me mira Cèdric, fijándose en el movimiento que hacen las ondas despeinadas de mi cabello.

Sonrío.

Se irgue sobre sus rodillas para aproximarse más a nosotros. Mientras paseo con mis labios por el cuello de Qarmen, ella clava sus uñas en mi espalda y siento cómo los gemidos que se les escapan se intercalan. Unos los robos yo y otros, Cèdric, al empezar a acariciar sus muslos.

Me muerdo el labio y me contengo para no morderla. Pero cuando quiero hacerme con el control de mi cuerpo, arrastro sus muñecas hacia arriba, impidiendo que pueda usarlas.

—Libérame —me ruega falsamente con sensual deseo.

—¿Eso es lo que quieres?

Qarmen me deleita con un placentero fulgor en sus ojos. Provoca que se encienda un fuego entre nosotros.

A Qarmen se le encorva la espalda cuando Cèdric llega a su entrepierna y juega con su lengua entre su húmedo calor. Le roba un delicioso gemido mientras sus dedos se humedecen y la viscosidad les hace desear más.

*Di su nombre*, ordeno en mi cabeza.

Me acerco hasta el pecho de Qarmen y levanto su camisa, dejando el sujetador a la vista.

Beso su busto mientras Cèdric le provoca sacudidas.

—Cèdric... —dice.

Qarmen mueve las muñecas, pero no quiere liberarse.

«No lo hagas», suplican sus labios.

Al verles, siento cómo me aprieta más y más el pantalón.

Desato su sujetador y dejo que mi lengua humedezca sus pechos.

—Hmm... —Se mueve mientras se le escapa un gemido.

Elevo el mentón y me fijo en cómo Cèdric se levanta y limpia su boca con los dedos, dejándolos húmedos y preparados para acariciar el bajo vientre de Qarmen. Después, noto el desenfreno de su cuerpo cuando Cèdric introduce sus dedos en ella.

El pantalón me va a estallar al verla temblar así.

Me inclino hacia Cèdric y libero las muñecas de Qarmen. Comienzo a besarle y el corazón se me sale del pecho al degustar su boca, mezclada con el sabor de ella.

Qarmen desabrocha mi pantalón con una mano, que introduce bajo mi ropa interior. Cèdric da un respingo cuando, con la otra mano, le hace lo mismo. Se queda tendida entre ambos con sus manos moviéndose de arriba abajo y con los dedos de Cèdric jugando en su interior.

*No aguanto más.*

Los deseo.

Me inclino por completo hacia Cèdric y beso su cuerpo hasta llegar a la protuberancia que Qarmen ha tenido que soltar. Me humedezco los labios y mi lengua comienza un baile incansable.

Cèdric continúa con sus dedos untuosos y almiarados mientras ella, con la mano, aumenta el ritmo en mi entrepierna, y yo con mi boca sigo tendido frente a Cèdric.

Los tres unificamos el ritmo, hasta que uno de nosotros flaquea cuando se le escapa un gemido y su cuerpo responde ante el éxtasis.

Miro a Cèdric desde abajo y veo cómo saca los dedos del interior de Qarmen. Ella me suelta y me quedo frente a él. Me agarra y siento cómo el fluido de Qarmen destila excitación en él al tocarme. Con la respiración acelerada, se lanza a besarme.

*Por las Piedras de Hisia...*

Cruzamos miradas y el corazón me bombea más fuerte cada vez que coincidimos.

Qarmen se pone de rodillas entre los dos.

Aprieto el rostro de Cèdric contra mis acalorados labios y, con la otra mano, acarició el pelo de Qar-



men que ha empezado a mover la cabeza de arriba abajo, frente a mis caderas.

Contengo el aliento, pero se me escapa una súplica muda mientras siento el calor de la boca de Qarmen apoderarse de una parte de mi cuerpo. Mis dedos se entrelazan entre su pelo y muerdo el labio de Cèdric al dejar que mi éxtasis se manifieste.

Separo mi boca de la de Cèdric y ambos miramos a Qarmen, que ha empezado a jugar de nuevo entre los dos.

Cèdric continúa disfrutado del tacto suave de su piel y de la humedad de su interior. Me mira y deseo que haga lo que está pensando.

—Hazlo —le dice Qarmen a Cèdric acariciándolo—. Te quiero dentro de mí. —Ella también lo sabe.

—Quiero sentirte —ruega Cèdric a Qarmen.

—Hazlo.

Me excito al escucharla repetirlo.

—Vais a acabar conmigo. —Mi voz se quiebra de placer.

—¿No te gusta? —Qarmen se lame los labios y elimina un hilo de saliva que quedaba colgando entre ellos.

—Demasiado —contesta Cèdric por mí.

Qarmen nos mira limpiándose la comisura de la boca. Cèdric la deja tendida de nuevo sobre la mesa y él queda encima de ella.

Su mano se extiende hasta alcanzar la mía y, juntos, acariciamos con nuestro calor a Cèdric.

Le doy la mano a Cèdric y la aprieto con fuerza cuando siento que él se ha introducido en el interior de ella, con delicadeza. Pero el calor que lo baña le obliga a ir acelerando el compás, hasta arremeter contra Qarmen a un ritmo desenfrenado.

Los dos gimen, juntos.

Mientras Cèdric mueve su cuerpo contra el de Qarmen, me pongo detrás de él y acaricié su espalda.

Humedezco mis dedos y juego con él siguiendo su movimiento. No puedo contener las ganas de sentirnos solo uno y agarro sus caderas para también introducirme dentro de él.

Mis movimientos provocan que él choque más contra Qarmen. El movimiento de ambos se sincroniza y nuestros ritmos se vuelven cómplices para darnos placer a los tres.

Los gritos y gemidos resuenan y hacen eco por toda la sala de cocinas. Y nuestro éxtasis se funde con el hipnotizante mar que nos rodea.

Qarmen aprieta fuerte las manos contra la mesa y arquea la espalda. Cèdric clava las uñas contra los muslos de Qarmen y eleva el mentón para dejar salir un alarido. Mientras, apoyo la frente sobre la espalda de Cèdric y lo besó con insistencia al dar un último embate dentro de él.

Quedamos tendidos sobre la mesa y nuestros cuerpos desnudos se enfrían por el sudor.

—Qué silencio —dice Qarmen.

Creo sentir el balanceo del aerocante. Pero no sé si son mis sentidos jugando conmigo por lo relajado que estoy.

—Después de todo lo vivido, algo de paz no está nada mal —responde Cèdric.

—Un buen té caliente de silfio nos vendría bien.  
—Sonrío y les doy un beso a los dos antes de levantarme.

—¿Té de silfio? —pregunta Cèdric.

Pero al instante cae en la cuenta de qué efectos provoca ese té después de haber tenido relaciones y su inocencia le hace ponerse colorado.

Qarmen no puede evitar que se le escape una carcajada cómplice. Se acerca a él y se queda tumbada entre sus brazos.

Me encanta. Sonrío al verlos juntos.

Dejo calentando el agua y busco en la despensa las ramitas de silfio para el té. Las grandes raíces del hinojo amarillo están guardadas en un tarro de cristal grande. Cojo un par de ellas y las introduzco en la tetera.

Al cabo de un par de horas, Michelle entra en la cocina como un huracán. La sigue Sammuel, que nos saluda con un movimiento de cabeza.

Viene enfadada, y no me sorprendo.

Haber visto al Gobernador y no haber podido degollarlo la carcome por dentro.

—¿Cómo ha ido? —me atrevo a preguntar, aun sabiendo la respuesta.

—Debí haber acabado con él cuando tuve ocasión. —Se cruza de brazos y se sienta en uno de los bancos.

Bufa.

Qarmen recoge los vasos de té vacíos y se acerca hasta a ella.

—¿Algo de beber?

Michelle asiente. Qarmen deja los vasitos a un lado y saca otros limpios.

—Necesita un buen trago de ron —dice Samuel.

Cèdric se acerca a ella y posa una mano sobre su hombro.

—Cuéntanos. —Sonríe.

Diamantes y dementes siguen enfrentados, pero la nueva líder de Elyssar sabe cómo calmar las aguas después de una guerra arraigada en las entrañas de la sociedad desde hace más de veinte años.

Aunque calmar esas aguas hiciese eviscerar a Michelle.

—Aun habiendo ganado, la guerra va a seguir torturándome. —Agarra uno de los vasos y se traga el chupito de ron de una.

—No acabaste con él por nosotros. —Sammuel se acerca a ella y sonrío—. Gracias a ello salvaste a Naim.

De pronto, Michelle parece recordar el porqué de su sacrificio.

Pero el enfado no se le pasará rápido. En todo Elyssar ha corrido la voz de que Michelle, la capitana del Ámbar, ha destruido las Piedras de Hisia, privando a todos de la inmortalidad.

*Demasiada presión encima, pienso mientras me cruzo de brazos. Pero seguiremos juntos para apoyarnos.*

Observo a Michelle despotricar y a los demás fundirse en la conversación.

No echo en falta a la familia que me vendió por unos cuantos enas. Su inmortalidad era más importante que yo.

Pero gracias a su egoísmo, he podido encontrar mi felicidad.

Los he podido encontrar a ellos.

*Esta sí es mi familia.*

